

A un policia armado:

Me gusta hablar contigo. Me han pedido que te escriba esta carta y, sinceramente, me cuesta. ¡Me encuentro tan lejos!. Tu hablas siempre en castellano, yo en catalán. Te estoy escribiendo en catalán y esto me produce extrañeza. Nunca había hablado en catalán a un policía. Parece absurdo. Y, en realidad, lo que es absurdo es que en mi país no haya policías de mi país. Os conozco bastante bien porque he estado varias veces en comisaría, porque he hablado y me he relacionado muchas veces con vosotros con ocasión de reuniones, manifestaciones, encierros, etc., porque con vosotros he viajado una vez desde Gerona a Zamora y desde Barcelona a Madrid, porque he mantenido largas conversaciones con vosotros en el Hospital Clínico, donde me mantuvieron incomunicado unos días, hace ya cinco años. Muchas, muchas veces he entrado en contacto con vosotros, con vuestras porras, con vuestras atenciones, con vuestros empujones, con vuestros problemas familiares, con vuestros puntapiés, con vuestras preocupaciones íntimas. Os conozco bastante bien. Os he estado observando largamente desde la ventana enrejada de la cárcel de Carabanchel mientras día y noche montabais la guardia en las garitas de la muralla o cuando, de 9 de la mañana a 9 de la noche, metidos en el coche patrulla blanco, vigilabais los "captaires de la pau" que montan guardia, esperando la amnistia, ante la cárcel Modelo de Barcelona. Yo os conozco por muchas cosas más que alargaría demasiado esta carta. Me gusta conocer de cerca a las personas. Yo os amo profundamente. Hay gente que os tiene un odio concentrado, otros os tienen compasión, otros son amigos vuestros, otros son vuestros amos y os utilizan. Yo, por ahora, no tengo ningún amigo policía, pero os amo profundamente. Todavía no se ha inventado en el mundo ningún estado sin policía. Es posible que algún día se consiga. Hoy, no. Los policías son necesarios. Prestáis pues, un servicio y eso hay que tenerlo presente. Un día, yo iba detenido en un coche patrulla con un "gris" a cada lado, en el asiento trasero, estrechos, y el "cabo" y el "chófer" delante. El jefe manipulaba con el radio-teleéfono. Se oía la voz de Jefatura ordenando a otro coche patrulla que acudiese a salvar a una viejecita intoxicada por un escape de gas en un piso de la calla Menéndez Pelayo.

-¿Vé cómo los policías también hacemos cosas buenas?.

Me dijo el jefe. Yo no le contesté porque guardaba silencio en protesta de mi injusta detención. Pero era cierto. Los policías también hacen cosas buenas e, incluso, cosa heróicas.

Otro día, delante de mí, un policía, como tú, saco la porra y, sin avisar, empezó a pegar a la gente que estaba conmigo. Yo le grité:

-¡Esto está muy mal hecho!

El me dijo:

-Todo lo que hace la policía está muy mal hecho.

-No. La policía hace cosas buenas, pero esto está muy mal hecho.

Y marchó sin pegar más.

La policía hace cosas mal hechas, incluso, por desgracia, es necesaria. Mucha gente que odia a la policía, que la critica o que grita en las manifestaciones: "disolución de los cuerpos represivos" o "policia asesina", quizá no piense que gracias a innumerables servicios de la policía, a menudo ignorados, quedan atendidas muchas necesidades, que, de otro modo, producirían graves inconvenientes a la población. La policía ayuda en muchas necesidades, atiende muchos accidentes, evita muchos accidentes. Esta es la razón de la existencia de la policía. Es un servicio al pueblo.

Pero los poderosos, escudados en este servicio, hacen servir a la policía para imponer al más débil la ley del más fuerte. Es una operación trágica. Gente del pueblo, a menudo la más pobre, la más oprimida, es comprada con un atractivo sueldo de 25.000 Ptas. al mes -jamás habían visto tanto dinero reunido- para ir contra el pueblo, contra los compañeros y en favor del opresor del pueblo, del opresor de los compañeros. Esto, si se hiciera con plena conciencia, tendría un nombre: TRAICION. Pero quien entra como policía, no sabe lo que hace. Su traición al pueblo no es consciente, y después, una vez dentro del cuerpo, los superiores velan lo suficiente para llenarles la cabeza de odio contra los estudiantes, los manifestantes, contra los partidos políticos del pueblo, contra el mismo pueblo.

La otra muestra de los poderosos, es el lograr enfrentar al pueblo - contra el pueblo. Jesús mandó amar incluso a los enemigos. Yo considero a los policías enemigos del pueblo, y, por lo tanto, enemigos míos. Quiero referirme a los policías de mi país. Son traidores del pueblo y por lo tanto enemigos. Muchos son traidores inconscientes. algunos conscientes. Tarde o temprano os vais dando cuenta del papel que os toca hacer en este país. Un triste papel.

- Pero la Iglesia en España también sirve a los poderosos.

- Una gran cantidad de sacerdotes y fieles nos hemos separado de este servicio y nos hemos puesto al servicio de los oprimidos. Vosotros, por eso, nos perseguís, y nos odiáis. Yo he oído en vuestra boca, en Jefatura: "Ya verás tú qué mal lo pasarás cuando se levante le veda de curas". Yo creo que también vosotros habéis de dejar de servir a los poderosos.

-Yo he de mantener a una familia y usted no.

-Póngase a trabajar en otro oficio.

-No ganaríamos tanto dinero, porque no tenemos oficio.

-Otros obreros lo hacen y también tienen hijos.

Sí, hacerse policía es una solución fácil, pero, en las actuales circunstancias, gravemente equivocada.

Quizás son pocos los compañeros tuyos que saben que son traidores al pueblo, pero inconscientemente sí que lo saben muchos. Se nota en vuestra mirada insegura, Se nota en el nerviosismo que tenéis cuando os veis obligados a detener a un inocente. Se nota cuando marcáis distancia con la policía secreta de la brigada de investigación social. "Ellos cobran mucho y trabajan poco, nosotros cobramos poco y trabajamos mucho y, además, nos tratan a patadas", me decía un policía armado que me vigilaba en una de las celdas de Vía Cayetana. Sabéis que sois traidores porque de otro modo no os atreveríais a pegar tan fuerte y tan a menudo a gente pacífica y desarmada. Estáis inconscientemente disgustados con vosotros mismos. La vida os ha metido en una ratonera. Os espanta la suerte que ha corrido la policía portuguesa salazarista. Os habéis acostumbrado a actuar arbitrariamente sin consecuencias. Os habéis acostumbrado a obedecer sin pensar, aun cuando aquello que os mendaban era algo monstruoso e inhumano. Habéis hecho cosas muy malas durante demasiado tiempo y ahora la gente ya no dice: "este policía es malo", sino que dice: "la policía es mala".

Ahora os sentís como una fiera acorralada y llena de miedo. Os volvéis extraordinariamente agresivos y peligrosos. Ultimamente provocáis a la gente y la gente os provoca: el pueblo contra el pueblo, mientras los poderosos se frotan las manos. ¿No os dais cuenta de la trampa?.

Sois del pueblo, sois unos servidores del pueblo, tendríais que tener simpatía por las reivindicaciones populares. por los partidos, por las

organizaciones sindicales populares, por los estudiantes preocupados por la situación de los oprimidos. Sois del pueblo y quizás venís de las zonas oprimidas. ¿Por qué no os volvéis a poner al servicio del pueblo oprimido haciendo todos los sacrificios que sean necesarios?.

Antes de acabar esta carta, escrita de pie frente a la cárcel, interrumpida mil veces por multitud de personas del pueblo que se adhieren a mi petición de amnistía, te querría hacer una extraña confesión.

Me habéis pegado, me habéis detenido, me habéis insultado muchas veces. ¿Sabéis lo que pienso, por ejemplo, cuando estoy acurrucado al suelo, con las manos en la cabeza para protegerla, mientras recibo la lluvia terrible de vuestros porrazos?. Siento una profunda tristeza de que os veis obligados a pegarme. Me sabe mal ser ocasión de que perdáis vuestra dignidad de hombres pegando a un compañero inocente e indefenso. Y me avergüenzo de la acumulación de ventajas que me han librado de verme obligado a ser policía de este régimen, mientras que vosotros desprovistos de otras soluciones, oriundos de tierras explotadas por gente de mi tierra y de otras tierras, os veis forzados a hacer el triste papel que hacéis.

Yo rico en posibilidades, vosotros caídos en la ratonera fatídica de destructores del auténtico privilegiado. La injusticia que a mí me ha hecho hombre de carrera, a vosotros os ha hecho hombres de la porra. Y esta injusticia clama venganza. Cuando me pegas, policía. sin saberlo tú, se realiza un acto de justicia. Tú te liberas de una justa ira inconsciente golpeándome, y yo me libero de una justa vergüenza de privilegiado recibiendo golpes. Cuando llegue la sociedad que yo quiero, tú no me pegarás, porque no me tendrás envidia, porque tú y yo tendremos igual de oportunidades ante la vida.

Aquel día nos podremos dar un fuerte abrazo.

Lluís M. Xirinacs